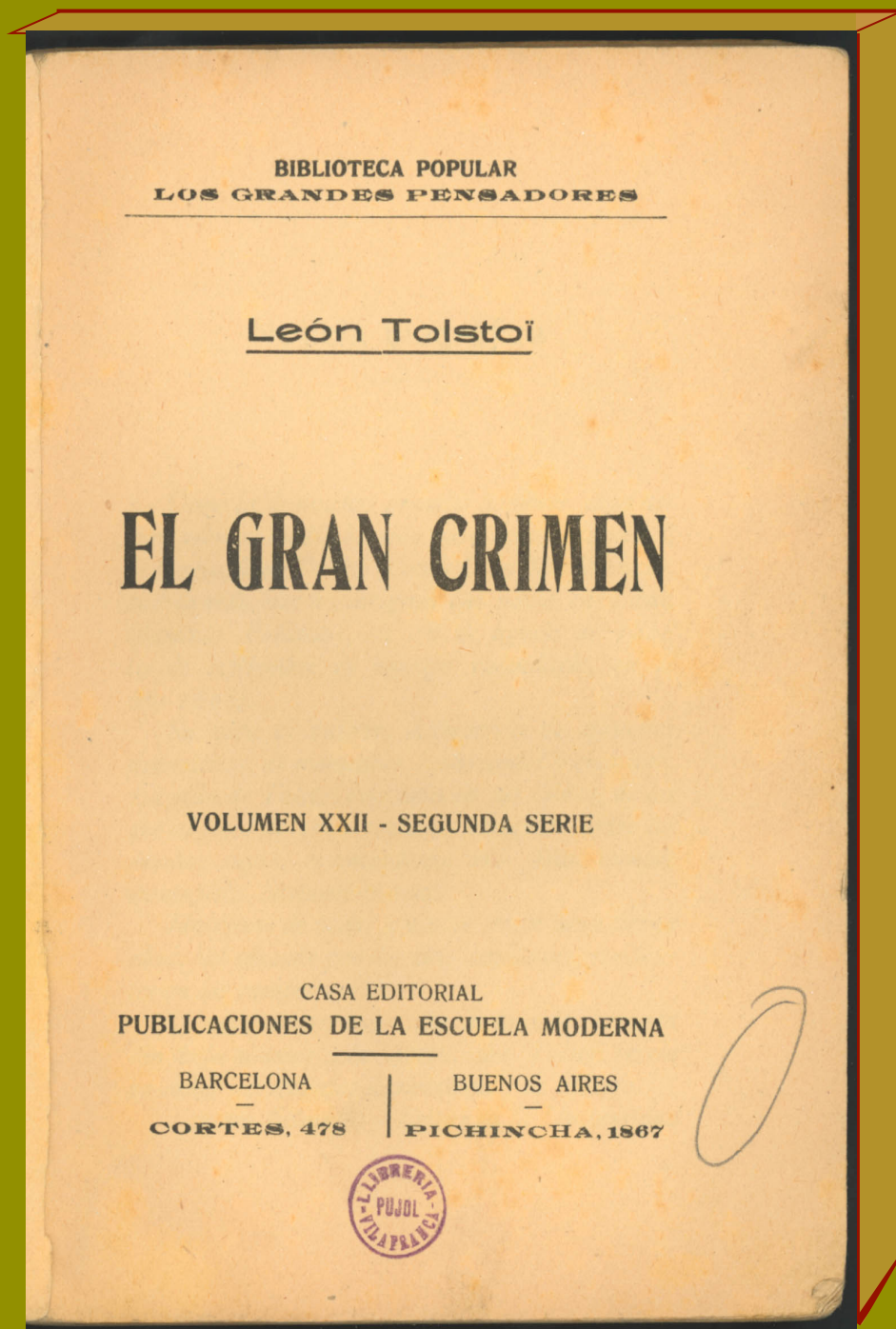


119.-TOLSTOÏ, León: *Biblioteca Popular Los Grandes Pensadores. SEGUNDA SERIE. La gran tragedia (El gran crimen)*. Barcelona y Buenos Aires, Casa Editorial Publicaciones de La Escuela Moderna, vol. XXII, s/f., 92 pp.



Firmada en Yasnaina Poliana en 1905, esta obra fue publicada por la Escuela Moderna en el mes de agosto de 1917<sup>1</sup>. Encuadernada en rústica, constituye el volumen XXII de la colección Los Grandes Pensadores, tiene una extensión de 92 páginas y cuenta con 3 notas explicativas.

La propaganda editorial ofrece este volumen bajo el título de *La Gran Tragedia*<sup>2</sup>, sin embargo, la cubierta lo titula *El Gran Crimen*.

El texto que aquí se presenta contiene en su interior dos obras: *El Gran Crimen* - de la página 9 a la página 60-, que se encuentra organizada en nueve capítulos numerados sin título, y “A los políticos” -páginas 61 a 92-, ordenada en siete capítulos con las mismas características.

El volumen se inicia con una breve biografía de Tolstoi y finaliza con una enumeración de algunas de sus obras.

El autor examina, en *El Gran Crimen*, aquello que considera las causas del atraso de Rusia y la situación precaria en que se halla la mayoría de la gente de este país a principios del siglo XX:

Este mal fundamental, que hace padecer al pueblo ruso igualmente que a los demás pueblos de Europa y América, radica en que la mayor parte del pueblo se halla privada del derecho natural, indiscutible, de gozar de una porción del territorio en que ha nacido.<sup>3</sup>

La cuestión de la tierra es la base de todas las cuestiones sociales.<sup>4</sup>

Para ilustrar esta apreciación diagnóstica muestra diferentes ejemplos de mujeres, aldeanos y campesinos.

Caracteriza el fenómeno de la pobreza como el resultado de la injusticia del hombre con el hombre, y señala la presencia en la historia de realidades dañinas cuya supresión dota de significado a la existencia humana:

En cada fase de la historia hay supersticiones, imposturas, instituciones perniciosas que el hombre suprime o que pertenecen ya al pasado (...) hay otras en medio de las cuales vivimos, y cuya supresión constituye el objeto de nuestra vida: tales son: la pena capital, y en general todas las penas; la prostitución, el canibalismo, el militarismo, la guerra y (...) la propiedad privada de la tierra.<sup>5</sup>

Desconfía de que la democracia representativa pueda resolver nunca el problema de la propiedad privada de la tierra.<sup>6</sup>

---

<sup>1</sup> TOLSTOI: *Biblioteca Popular los Grandes Pensadores: La Gran Tragedia*. Barcelona y Buenos Aires, Casa Editorial Publicaciones de la Escuela Moderna, s/f., vol. XXII, contraportada y PROUDHON: *Biblioteca Popular Los Grandes Pensadores: La Propiedad*. Barcelona, Casa Editorial Publicaciones de La Escuela, 1916, vol. IV, contraportada.

<sup>2</sup> BASTOS, Teixeira: *Biblioteca Popular Los Grandes Pensadores: La Familia*. Barcelona y Buenos Aires, Casa Editorial Publicaciones de la Escuela Moderna, s/f, vol. XXIII, contraportada.

<sup>3</sup> TOLSTOI: *Biblioteca Popular los Grandes Pensadores: La Gran Tragedia*. Barcelona y Buenos Aires, Casa Editorial Publicaciones de la Escuela Moderna, s/f., p. 11.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 24.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 26.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 34,

Su crítica a los políticos rusos coetáneos -gubernamentales, revolucionarios o liberales-<sup>7</sup> no ahorra descalificaciones. Son ignorantes y malvados:

Es verdaderamente pasmosa la pobreza de ideas de esos seres que no piensan por sí mismo y se contentan con repetir servilmente lo que les ofrecen sus modelos europeos (...) En otro tiempo, los que se proclamaban a sí mismos servidores de Dios hicieron mucho daño enseñando lo que llamaban la teología; hoy, si los servidores del pueblo, enseñando lo que llaman su ciencia, han hecho menos daño, es sencillamente porque aun no han tenido tiempo.<sup>8</sup>

La Iglesia y la ciencia son tratadas aquí como legitimadoras de la propiedad privada del suelo:

De igual modo que entonces la Iglesia quiso justificar el derecho de servidumbre, hoy, lo que ocupa el lugar de la Iglesia, esto es, la ciencia, trata de justificar la propiedad del suelo.<sup>9</sup>

El hombre religioso es el catalizador del progreso; para Tolstoi “sin religión el hombre no puede vivir racionalmente”<sup>10</sup>. La propiedad exclusiva de la tierra en manos de unos pocos es más que una injusticia, es un pecado. No obstante, la conceptualización de “hombre religioso” tiene perfiles singulares en nuestro autor:

Hombres religiosos, es decir, serios, sencillos laboriosos y que no viven por la sola satisfacción de sus intereses, de su vanidad o de su ambición, como tampoco para llegar a resultados exteriores, sino para el cumplimiento de su misión humana ante Dios.<sup>11</sup>

El “hombre” de Tolstoi une al pensamiento el sentimiento religioso, pone en la educación y en la difusión de las ideas el camino hacia la mejora social:

La gran obra del presente para todo hombre o para todo grupo de hombres que quieran mejorar el estado social es una obra de educación, de propaganda de ideas.<sup>12</sup>

En alguna ocasión adopta una óptica prospectiva y aventura vaticinios que el futuro se empeña pertinazmente en desmentir:

El pueblo ruso no debe convertirse en un pueblo de proletarios a semejanza de los pueblos de Europa y América; resolverá, por el contrario, la cuestión de la tierra por medio de la abolición de la propiedad territorial, y trazará a las otras naciones la vía hacia una vida racional, libre y feliz, exenta de toda obligación y de toda esclavitud industriales, comerciales o capitalistas. He ahí, yo así lo creo, lo que le prepara su gran destino histórico.<sup>13</sup>

El segundo documento que integra este volumen, titulado “A los políticos”, designa expresamente a sus destinatarios:

---

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 48.

<sup>8</sup> *Ibidem*, pp. 41-43.

<sup>9</sup> *Ibidem*. P. 56.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 46.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 48.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 53.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 59.

A los que tratan sinceramente de servir a su prójimo no con palabras, sino con actos. A estos hombres, pues, diríjome hoy.<sup>14</sup>

Nuevamente vemos al pensador ruso descalificar lo que llama la educación eclesiástica y la educación materialista, tachando a ambas de patrióticas. Arremete contra el concepto de autoridad que hoy, -dice el autor-, tiene su punto de apoyo en la fuerza, y califica al Estado como la manifestación de la brutalidad de las costumbres.

Partidario de que la autoridad debe ser suprimida, hace un recorrido por el anarquismo de la mano de Godwin, Proudhon, Kropotkin, Max Stirner y Tucker. Suscribe la necesidad de suprimir todo Gobierno, aunque critica el anarquismo de raíz materialista y reclama la necesidad de poseer una concepción religiosa de la vida:

Para hacer desaparecer el Estado y el mal que nos causa, hemos de llevar una buena vida (...) para llevar una buena vida, solo hay un medio: la observancia de una doctrina religiosa asequible a la mayor parte de los hombres.<sup>15</sup>

Tolstoi recela también de los procedimientos revolucionarios para acabar con el Estado, y les atribuye un efecto contrario al pretendido en la medida en que proporcionan al Gobierno nuevas legitimaciones para incrementar la represión.

Considera que nuevas instituciones generadas por nuevas violencias no mejorarán la vida social. Hace de la ineludible necesidad de una vida moral el elemento clave de cualquier transformación social, una vida moral cristiana:

El único medio de desembarazar a los hombres de sus males es cesar, por su propia iniciativa, de llevar una vida egoísta, pagana, e inauguren una vida cristiana, es decir, de unión entre los hombres; (...) observen (...) la suprema ley que prescribe se obre con los demás como se quisiera obrasen con uno, e inmediatamente caerán las funciones irracionales y crueles de la vida de hoy, y se formarán otras nuevas correspondientes a la nueva concepción de los hombres.<sup>16</sup>

La revolución moral es para nuestro autor la antesala de la revolución social:

Cuanto a los medios para llegar a este fin, no hay más que uno: que todos nos esforcemos en ser buenos.<sup>17</sup>

---

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 62.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 78.

<sup>16</sup> *Ibidem*, pp. 90-91.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 92.